

El Comunista

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

ABRIL 1980 nº 33

precio: 20Ptas - 2FF-1.50FS

Con la magnífica revuelta de los obreros de Izmir

Desde Turquía, un llamamiento a la guerra de clase

"La calma ha vuelto a Izmir" escribía con alivio un periódico burgués el 18 de febrero último. La calma ha vuelto, seguramente; pero, para llegar a ese resultado, la burguesía turca tuvo que lanzar a 10.000 soldados dotados de vehículos blindados y apoyados por helicópteros y aviones de reconocimiento contra los obreros de un suburbio de Izmir, tercera ciudad del país. Estos sólo cedieron después de varios días de una resistencia encarnizada y heroica.

La decisión del gobierno de despedir a varios cientos de obreros de la fábrica de Taris, que pertenece a un complejo agro industrial controlado por el Estado, hizo saltar el polvorín. Estos trabajadores habían sido acusados de ser simpatizantes de la izquierda por la sencilla razón de ser combativos y resistir a la explotación cotidiana. Sus compañeros de trabajo no se equi-

vocaron sobre el sentido de la medida ya que inmediatamente ocuparon la fábrica. El 8 de febrero resistieron por la fuerza contra la intervención de la policía, no cediendo ni un instante a pesar de la pérdida de dos compañeros y de numerosos heridos.

Cuando importantes destacamentos de la gendarmería y del ejército llegaron para respaldar a la policía, reducida a la impotencia por la determinación de los obreros de Taris, toda la población obrera, hombres, mujeres y niños de los barrios miserables y de las chabolas próximas a la fábrica, acudió a socorrer a los trabajadores. No se contentaron simplemente con manifestar. Levantaron barricadas y abrieron trincheras para impedir el paso de los vehículos blindados y bloquear la circulación. El 11, un grupo de jóvenes irrumpió en la sede del partido gubernamental (sigue en p. 2)

Todos contra la lucha de clase

El fascismo español, sus fuerzas políticas y sus grupos de choque, no han desaparecido con la democratización del Estado: ha pasado solamente a segunda línea del dispositivo burgués de defensa. Hoy por hoy, la primera la ocupa la democracia, con sus partidos y sindicatos llamados "obreros", permanentemente movilizados en defensa de los suyos intereses de la burguesía y de su Estado de siempre. Lo que no significa que el fascismo esté inactivo: es siempre útil tanto para intimidar y aterrorizar a capas de trabajadores que tienden a escapar de las redes de la democracia y de sus agentes políticos y sindicales, como para estrechar en torno de la democracia, y, por tanto, del Estado burgués, a las capas de trabajadores influenciados por las perspectivas falsas y derrotistas de la socialdemocracia y del "eurocomunismo" tendientes a presentar al Estado democrático como un instrumento de la defensa del proletariado. Ver en la democracia y en sus lacayos fuerzas capaces de enfrentar la ofensiva (sigue en p. 3)

¡Romper con la burguesía, romper con el colaboracionismo!

El ministro de la Economía manifiesta su satisfacción por la moderación salarial y por el hecho de que "los trabajadores (leed centrales sindicales) ya no hablan de recuperar pérdidas pasadas en el poder adquisitivo de los salarios" (El País, 14/2).

La CEOE manifiesta su satisfacción por el fuerte descenso de la conflictividad laboral y proporciona los siguientes datos: las horas de huelga han pasado de 61.888.358 en enero y febrero de 1979 a 50.785.927 en igual período de tiempo del presente año; en el mes de febrero, el total de las horas de huelga alcanza la cifra de 17.600.000, lo que representa una disminución del 50% con relación al mismo mes del año pasado.

Entre batallas de cifras y llamamientos a la unidad, UGT afirma que en este mismo lapso Comisiones ha firmado junto con ella al menos 59 convenios dentro del acuerdo marco, y un to-

tal de dos millones y medio de trabajadores han sido sometidos al mismo.

Se desmorona la demagogia barata de Comisiones para comerles el coco a los trabajadores, consistente en denunciar el acuerdo marco como un retroceso y los pactos firmados en solitario por UGT como una traición. Comisiones es tan colaboracionista como UGT.

Los trabajadores vuelven a experimentar qué significa sufrir su control y cómo la central mayoritaria utiliza el peso del que hace alarde de cara a las luchas y a la combatividad demostrada en muchos sectores de la clase obrera.

Frente a los convenios estatales y provinciales, firmados por UGT, Comisiones divide a los trabajadores pasando a negociar empresa por empresa.

Las consignas de CC.OO.: agotar todas las vías de negocia-

ción, evitar las huelgas indefinidas, no siempre pudieron ser realizadas debido a la combatividad de los trabajadores. Aquí, el papel de rompe-huelgas de Comisiones se destaca en toda su magnitud y adquiere tanto más brillo cuanto más apremia la voluntad de lucha de los obreros. Cabe recordar los acontecimientos más importantes. (sigue en p. 3)

SUMARIO

- Notas sobre la situación internacional.
- Lo peligroso del nuclear es que está en manos del capital.
- Stalinismo y trotskismo.
- Complementos a la Reunión General del Partido de nov. 79
- La huelga de SEAT y su laudo pactado.

Desde Turquía, un llamamiento a la guerra de clase

(viene de p. 1)

para colocar una bomba. Antes de abandonar el sitio, escribieron en las paredes: "la única vía es la revolución". Se necesitaban varios días para que el ejército pudiera recuperar la fábrica y los barrios donde se habían parapetado las familias obreras y, más de una vez, se vio obligado a reconquistar las casas una por una. El 14 de febrero, fueron detenidos 1.500 obreros, el sábado 16, 4.000. Todos fueron encerrados en los estadios de la ciudad. ¿Cuántos muertos perdió la clase obrera en su feroz y magnífica resistencia a las fuerzas represivas?

Esta represión masiva estuvo precedida, además, por otros episodios. Así, en diciembre, la policía había invadido una fábrica de aceite con el pretexto de estar buscando armas que habrían sido escondidas allí por los "terroristas". Entre los obreros, en esta operación hubo 15 heridos y 275 detenidos. La misma escena se repitió 15 días después en una hilandería de algodón (18 obreros heridos, 250 detenidos). Poco después, le tocó el turno a otra fábrica textil (10 heridos, 500 detenidos), mientras un nutrido tiroteo estallaba en los barrios obreros.

La prensa burguesa oculta la realidad cuando habla de enfrentamientos entre "grupos de extrema izquierda" y policías. ¡En todas partes, los burgueses "explican" los hechos que les molestan por la acción de los "terroristas"! No obstante, están obligados a reconocer que el gigantesco aparato represivo desplegado esta vez por el Estado turco no está enfrentado a un puñado de adeptos del "terrorismo romántico" o a un pequeño grupo de "liberales ponebombas", audaces pero aislados. Está claramente enfrentado a los proletarios de fábricas enteras decididos a combatir en solidaridad con sus hermanos que han sido echados a la calle por el solo hecho de no estar dispuestos a doblar la cerviz, y está enfrentado, también, a una población decidida a apoyar a los trabajadores en la calle y, si es preciso, en las barricadas.

Detrás de esta auténtica revuelta proletaria está la bancarrota total de una economía demasiado débil como para soportar la competencia de los grandes países de Europa que reaccionan a la crisis internacional cerrando sus fronteras a los productos turcos.

En estas condiciones, ya existe un elevado paro, incluso agravado por la vuelta de los emigrados de Alemania y que afecta, de ahora en más, a 3 millones de habitantes sobre una po-

blación total de 36,5 millones. Los precios de los productos de consumo corriente suben a una tasa de inflación que alcanza el 100% y, además, estos productos ya empiezan a escasear. Los Shyllocks de la finanza internacional exigen del gobierno medidas de austeridad cada vez más severas. Y, finalmente, tenemos a la burguesía turca (mayoría y oposición juntas) quien para pagar el precio de la "solidaridad" de sus mayores occidentales, se lanza a un militarismo desenfrenado cuyo peso sobre las masas obreras y campesinas pobres ya es insostenible.

En estas condiciones, ¿es un producto del azar que hayan sido necesarios 10.000 militares armados con blindados y helicópteros para desalojar, luego de unos días de combate, a varios miles de proletarios (incluidas sus familias) que estaban apenas armados con picos, algunos pocos veres insignificantes y cócteles Molotov y para "limpiar" estos barrios miserables hacia donde a fluye la fuerza de trabajo de los campos (y que vive hacinada como el ganado en horribles casuchas)? "La calma ha vuelto a İzmir" pero, ¿por cuánto tiempo?

*

Uno de los errores comunes en la evaluación del significado y alcance verdaderos de la crisis mundial del capitalismo es el de analizarla a través del patrón único de las condiciones de vida y de trabajo en las metrópolis imperialistas o, más generalmente, en los países que están industrializados en profundidad y desde hace mucho tiempo. Por el contrario, las áreas "emergentes" del planeta, los países que acaban de hacer su revolución nacional-democrática o países que, como es el caso de Turquía, hoy recogen plenamente los frutos dorados de la revolución burguesa de medio siglo atrás, son los que nos permiten "tomar el pulso" a la crisis social que se desarrolla globalmente y medir su exacta profundidad.

Aquí, la máxima explotación de la clase obrera apenas nacida de la desarticulación de la economía agraria tradicional se combina con la máxima opresión y represión ejercida por el Estado (al que las exigencias de la acumulación acelerada del capitalismo obligan a ser el summum de centralizador, blindado, policíaco) y por una sociedad que no puede darse el lujo de engatusar a la clase explotada con "reformas de estructura", "garantías" y "prebendas". Así, la crisis se abate sobre estructuras particularmente frágiles y las tensiones del mercado mundial se repercuten sobre las clases y las capas sociales más bajas de la sociedad (no

solamente proletarias), sin que existan eficaces amortiguadores políticos y sociales para atenuar las sacudidas que estas condiciones provocan.

Por todas estas razones, la lucha de clases, todavía adormecida y en retraso en los grandes países industriales, explota con fuerza, al estado puro: las barreras de taller, de fábrica, de categoría vuelan en pedazos; la solidaridad entre compañeros de trabajo es inmediata y total y se nutre, además, de la solidaridad "exterior" de los compañeros de barrio; la fuerza del número, aunque en condiciones de inferioridad técnica (en armas de todos los tipos; pero, también, en dirección organizativa, por no decir política) puede más, al menos temporalmente, que las fuerzas del Orden, no obstante armadas hasta los dientes y utilizadas sin límites ni reservas.

Aquí, los conflictos de trabajo asumen directamente, saltando por sobre todas las defensas, el carácter de choques con el aparato estatal central de dominación de la clase explotada. Aquí, los medios y los métodos clasistas de resistencia y de ataque vuelven a ser descubiertos, no solo sin que nadie haya predicado su adopción, sino incluso a pesar de mil prédicas en contra, por un proletariado que acaba de nacer, pero chocándose ya contra la pared de acero del sistema del salario, de la mercancía, del dinero y del capital.

Aquí, el proletariado de los países altamente industrializados debe ver como en un espejo su propio porvenir que quizás ya no esté tan lejano. De aquí no viene la enseñanza abstracta, sino el estímulo material para reanudar el camino de la guerra de clase ya no a través de un lento y gradual proceso de recomposición de aquello que se había disipado, sino en los bruscos sobresaltos que quemaron etapas de décadas enteras.

Si los revolucionarios marxistas saben hacer fructificar la situación objetiva, proporcionando a sus hermanos de los países nuevos, a los que están allí y a los emigrados, el tesoro de la "ciencia" condensada en el partido, y respondiendo en el mismo terreno y con las mismas armas a su vigoroso llamamiento, en este combate se preparan las condiciones de la victoria revolucionaria mundial.

El Orden reina en Izmir, exultan los burgueses. La historia no tardará en mostrar que su Orden descansa sobre cimientos de arcilla. Hoy, los proletarios de Turquía, del mismo modo que ayer lo hicieron los de Egipto, Túnez, Palestina, Irán o Perú, nos envían este grandioso mensaje. ¡A nosotros nos toca recibirlo!

¡ Romper con la burguesía, romper con el colaboracionismo !

(viene de p. 1)

En SEAT, a los pocos días de llamar a la huelga indefinida, propone la vuelta al trabajo *sin ninguna contrapartida* y declara que esta forma de lucha es signo de debilidad y no de fuerza, y que hay que hacer huelgas intermitentes; la asamblea de los trabajadores aguanta por tres días, pero de cara al frente compacto UGT, CCOO y CSUT (que después de apoyar la huelga indefinida acaba como siempre por seguir a CC. OO) y sin poder contar con una organización independiente, tiene que doblegarse a sus dictámenes. En esos mismos días aparece en los diarios una noticia pequeña pero muy importante: la huelga de SEAT pone en peligro el programa de producción del nuevo modelo PANDA. Los intereses de la empresa ante todo. COMISIONES CUMPLE.

Huelga de los 250.000 trabajadores de la Administración: casi dos semanas de lucha y una gran combatividad para imponer un aumento del 16,5% e impedir que por el cuarto año consecutivo sus salarios pierdan aún más poder adquisitivo que el de los demás trabajadores (la ley de Presupuesto impone el 12,5%). Tienen que volver al trabajo *sin haber conseguido nada*.

Hunosa: el 23 de febrero Comisiones llama a la huelga indefinida, secundada por el 90% de los picadores. Los mineros toman a pecho la lucha y la defienden con la fuerza. El 6 de marzo, después de una manifestación masiva, inesperadamente los bonzos llaman a la vuelta al trabajo sin ninguna contrapartida, "para intentar darle una salida al conflicto". En realidad, esta era la respuesta a la actitud del PSOE que amenazaba con romper los pactos institucionales que le permiten al PCE participar en la administración de los ayuntamientos. COMISIONES CUMPLE. El 10 de marzo sólo un 38% de los picado-

res se había incorporado al trabajo. Era la respuesta que los mineros le daban al oportunismo.

Si de cara a la combatividad de los trabajadores CCOO. ha radicalizado ciertas huelgas para poder controlar y agotar finalmente al movimiento, nunca ha conectado entre sí las diferentes luchas. En Barcelona los trabajadores de SEAT han luchado solos, las huelgas de la Construcción y del Metal de Madrid nunca coincidieron; la renovación de convenios afecta a todos los trabajadores, pero los bonzos los llevan a la lucha separados por empresas, por ramas, por provincias.

El lema de los antiguos romanos: dividir para gobernar, mantiene toda su validez y los oportunistas lo saben aprovechar muy bien.

La satisfacción manifestada por el gobierno y la patronal tiene razón de ser y esto debe representar para los trabajadores un tema de reflexión.

El gobierno democráticamente elegido por el "pueblo" toma sin cesar medidas antiobreras. La última, pero quizás cuando este artículo se publique haya tomado otras, es la *reducción de la prestación por enfermedad al 60%* cuando dure de 4 a 20 días, en lugar del 75% que regía hasta ahora. Esto quiere decir que los trabajadores con colitis, gripe fuerte u otra clase de enfermedades que no sean de vida o de muerte, que no puedan permitirse el "lujo" de no cobrar el 40% del salario (¿y cuántos obreros pueden hacerlo?) deberán ir a trabajar enfermos. Las centrales callan, pues ésta es la mejor manera de luchar contra el absentismo, verdadera "lucha social" tanto para la patronal como para ellas.

De los partidos y sindicatos supuestamente obreros, la clase trabajadora no ha recibido más que promesas y engaños. Los fríos datos son más elocuentes que las más ardientes palabras: a pesar de los sacrificios, a pesar del sentido de responsabilidad de las centrales, en 1979, 200.000 trabajadores han perdido su puesto de trabajo, el paro juvenil se ha incrementado de 50 mil unidades y el gobierno prevé 170.000 parados más al finalizar el año. El coste de la vida se ha disparado y promete alcanzar cotas muy altas dentro de unos meses.

En cambio, la banca, es decir, la gran patronal, embolsa cuantiosos beneficios: Banco de Bilbao, 4.588 millones de pesetas de beneficio neto; Banco Popular Español, 3.451 millones; Banco de Sabadell, 1.421 millones; Bankiún, 844 millones; etc...

Lejos de considerar novedosos estos datos, los anotamos por que manifiestan la condición permanente de la clase trabajadora, que debe cargar sobre sus hombros el peso de un sistema basado en su explotación; porque demuestra cómo la "salida negociada a la crisis" que reivindicaban los burócratas de CCOO, se realiza en la práctica diaria y consiste en la negociación del pellejo proletario entre la patronal y los falsos representantes obreros a un precio lo más bajo posible; porque no son solamente los datos del presente, sino también del futuro que la democracia, la legalidad, la solidaridad nacional, en otras palabras, la burguesía y sus lacayos, le deparan a los trabajadores.

Romper con la burguesía, romper con el colaboracionismo: he aquí una exigencia cada día más apremiante.

Todos contra la lucha de clase

(viene de p. 1)

desembozada de la burguesía no es sólo una ceguera histórica, sino una traición a la lucha de clase. No sólo significa embellecer la forma actual de la dictadura burguesa, sino también entregar indefenso al proletariado a los golpes del enemigo.

Esa es precisamente la función objetiva de la movilización "contra el fascismo" convocada por el PCE y el PSOE, y por CC. OO. y UGT, para el 14 de marzo, apoyada a su vez por la LCR, el PT, MC y todos los otros sindicatos, y que se concretizó en torno a las consignas de "seguridad ciudadana", de la atribución a las "instituciones" del Estado de la lucha contra la "inseguridad" y, por consiguiente, en nombre de la "convivencia ciudadana". La democracia es consecuente consigo misma: si ella misma logra la "convivencia ciudadana", es decir, impedir que los oprimidos y explotados se rebelen contra sus opresores y explotadores, la ofensiva de estos últimos se vuelve entonces superflua. Su consigna es, pues: ¡Abajo la lucha de clases!

La autodefensa proletaria tanto contra el fascismo como contra la democracia pasa fuera y contra toda alianza política con los agentes de esta última en el seno de la clase obrera, fuera y contra toda la política de sedicentes "revolucionarios" que creen preparar al proletariado a la lucha de clase empujándolo con todas sus fuerzas detrás de los pilares políticos y sociales esenciales de la dictadura burguesa.

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución staliniana; el rechazo de los Frontes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoral esc.

Notas sobre la situación

Desde el fin de la segunda guerra mundial, y en perfecta coherencia con el marxismo, nuestra pequeña organización ha denunciado la falsedad de las patrañas burguesas según las cuales, después de la derrota de los "monstruos" nazifascistas, se habría abierto un período de "progreso" pacífico y permanente. Nunca como hoy la realidad del régimen capitalista nos da la razón y demuestra la incapacidad de este sistema social para resolver sus propias contradicciones económicas y los conflictos interestatales. Tal como se ha dicho en los últimos años en las páginas de nuestra prensa internacional, ya se ha iniciado una fase en la que los diversos imperialismos se preparan para una guerra general.

El ataque chino contra Vietnam, la decisión de la OTAN de colocar los nuevos misiles americanos de mediano alcance, la decisión americana de construir una "fuerza de intervención rápida" en los puntos candentes del globo (Medio Oriente, etc.), la modernización del potencial nuclear inglés y francés, el entrecruzamiento de las flotas militares de los principales imperialismos en el Océano Índico, todos estos son hechos (y nos referimos solamente a los más notorios) que demuestran cómo la perspectiva de una guerra imperialista ya no forma parte de un horizonte lejano e indefinido.

Apenas un año más atrás, cuando nosotros anunciábamos esta realidad cristalina, lo hacíamos enfrentándonos a las fábulas ultramachacadas de la "irreversibilidad de la distensión", de la "imposibilidad de la guerra" a causa del carácter destructivo de las armas modernas, del carácter "pacífico" y "progresista" de la democracia y del supuesto "socialismo", ideología que imperaba, incluso, dentro de la "extrema izquierda". Hoy en día, en cambio, los medios de comunicación y los intelectuales seudorrevolucionarios no pierden ocasión alguna para agitar el espectro de la "guerra total" que corre el riesgo de hacer naufragar las esperanzas de progreso, las "conquistas" sacrosantas de más de treinta años de "paz", los "valores morales", "humanos" y así sucesivamente, sobre los cuales se apoya la deliciosa sociedad presente. Lejos de corresponder a la maduración real de las contradicciones imperialistas, este bombardeo psicológico corresponde, por el contrario, a la necesidad política de la burguesía de preparar "moralmente" al proletariado para el momento en que la guerra esté realmente a la orden del día.

I

Más allá de las consideraciones que se puedan hacer acerca de la intervención soviética en Afganistán (cfr. *El Comunista* n° 32), es importante subrayar que se trata de una *ruptura* en el modus vivendi que se instauró entre las dos superpotencias en Yalta. Al instalarse directamente en Kabul, la Unión Soviética ha anexado a sus cotos de caza un pequeño Estado que aunque esté situado en sus confines no forma parte del botín que Stalin se aseguró en aquella ocasión, cuando Moscú y Washington, a costa no solo de los ven-

cidos, sino también de sus "aliados", tal como Inglaterra, se repartieron las zonas de influencia respectivas.

La maniobra del Kremlin, no está exenta de riesgos dadas las fricciones que existen en el Pacto de Varsovia y la inevitable repugnancia de los occidentales al ver que las botas rusas avanzan hacia los mares cálidos y hacia las mejores reservas petrolíferas del mundo. Aun así, esta maniobra ha sido concebida y realizada sabiendo que la aceleración de las contradicciones a nivel internacional ha alcanzado un punto en el cual las presiones diplomáticas se muestran cada vez más insuficientes debiendo ceder su lugar a otro modo de conseguir los objetivos fundamentales de seguridad y expansión, es decir, el militar, que no es otra cosa que la continuación de la política y de la diplomacia "por otros medios" (Clausewitz) (1).

En el fondo, los desplazamientos navales americanos, franceses, ingleses y rusos en las cercanías del Golfo Pérsico no tienen un significado diferente. Si todavía no son operaciones bélicas, son sin lugar a dudas, operaciones militares; algo menos que la guerra, pero algo más que acciones diplomáticas: son la amenaza de la guerra en el caso en que los objetivos fijados no puedan ser alcanzados por otras vías.

A medida que la crisis económica internacional y las consiguientes contradicciones entre Estados se profundizan, el choque de los intereses contrapuestos asume formas cada vez más violentas. Se desatan entonces situaciones en las cuales la violencia potencial (la diplomacia) ya no basta, y se inician verdaderas operaciones militares y bélicas. Pero si analizamos los dos episodios principales de este tipo que ocurrieron recientemente, es decir, la "lección" china a Vietnam y la "estabilización" afgana por parte de los rusos, vemos que se trata de manifestaciones militares de carácter y fines todavía *limitados*, con el objetivo de interrumpir situaciones que tiendan a escapar a su control, o bien a conseguir ventajas, mientras sea posible, en la perspectiva de un choque general ya inevitable, pero no tan próximo como para poder ser suscitado directamente por la acción que acaba de ser realizada.

II

Las consideraciones precedentes son relativamente obvias; en cambio, es arduo dar una previsión fundada de la evolución de las alineaciones imperialistas a más largo plazo. En realidad, su principal característica es su *fluidez* extrema.

En el campo occidental, si se exceptúa a Gran Bretaña (cuyas áreas de interés fundamental son aquellas en las cuales los EE.UU. la superaron como imperialismo dominante después de la última guerra), el imperialismo americano no posee actualmente aliados serios. Mas aún, países como Francia y Alemania Occidental han demostrado abiertamente su impaciencia respecto a

la política americana actual. Tal como lo ha afirmado Schmidt, la política estadounidense no tiene en cuenta los intereses europeos.

La estrategia americana además de tender a crear un frente antirruso lo más amplio posible, tiene el claro objetivo de favorecer un futuro desemboque militar cuyo teatro fundamental se desarrolle en Europa, la que sería arrasada por la guerra. Así, serían los países europeos, y Alemania en especial, quienes sufrirían el primer golpe y suministrarían a las tropas americanas una base operativa que evitase al suelo norteamericano, por lo menos en el primer tiempo, las consecuencias más desastrosas de un conflicto generalizado. En el fondo, este es el objetivo del desplazamiento de los misiles *Pershing 2* y de los *Cruise* a Europa. Al final de la guerra, la potencia económica de la CEE sería así derrotada junto al coloso ruso.

De aquí resulta la repugnancia europea a seguir servilmente las piroetas diplomáticas de Carter, a pesar de que países como Francia, y aún más como Alemania Occidental, sigan teniendo interés, por ahora, en no renunciar a la cobertura protectora del atlantismo: de este modo, pueden aumentar sus exigencias en las negociaciones con Moscú y aplicar el principio estratégico, viejo como el mundo, según el cual el "aliado" más lejano es siempre preferible, en tiempos normales, a un vecino más poderoso, y constituye su contrape so necesario.

En el Pacto de Varsovia existen problemas análogos. Aparte de la referencia obvia a la desleal Rumania, se puede citar la preocupación polaca (compartida por otros países del este, entre los cuales se encuentra Alemania Oriental) frente a un eventual acuerdo Bonn-Moscú, lo que no podría lograrse sin un reparto de las zonas de influencia ruso-alemanas en Europa Central y en los Balcanes.

En el Extremo Oriente están las ambigüedades de Japón, cuyas simpatías filochinas no son en realidad irreversibles, incluso porque la posición de Japón (que después de todo tiene importantes vínculos económicos con la URSS) es por lo menos tan delicada como la europea, tanto desde el punto de vista diplomático como militar.

Pero, precisamente por su fluidez, la situación internacional presenta características que vuelven imposible por un tiempo (quizás no muy largo, medible en años) el desencadenamiento de un conflicto general: "La guerra no nace instantáneamente, y no se expande en un abrir y cerrar de ojos" (Clausewitz, *De la guerra*). Y además, "La cooperación de los aliados no depende de la voluntad de los beligerantes; es una característica de las relaciones políticas el hecho de que esta cooperación sólo intervenga a continuación, o que se refuerce para restablecer el equilibrio comprometido" (Ibid.). Esto implica también que, tal como la historia lo ha demostrado muchas veces, los aliados pueden transformarse en su contrario. Y la política de las alianzas

internacional

en las guerras imperialistas modernas es de importancia fundamental, porque el control de las fuentes energéticas, de las rutas marítimas, de los espacios aéreos, la necesidad de realizar operaciones en áreas lejanas de sus propios confines, exigen las alianzas más vastas y ramificadas posibles (¡piénsese en los esfuerzos actuales de los EE.UU. para obtener bases operativas en los alrededores del Golfo Pérsico!) Aunque más no fuese por este solo motivo (pero hay otros, como la insuficiente preparación militar, la necesidad de predisponer durante mucho tiempo a la "opinión pública", etc.) un conflicto mundial no está a las puertas, a pesar de haberse aproximado considerablemente en el tiempo.

III

Pero, ¿por qué insistir tanto sobre el carácter no inmediato de la perspectiva de la guerra? Por secundario que pueda parecer, esto asume una clara importancia si se piensa en el juego político que la burguesía está realizando dentro de los diferentes Estados. Hoy en día, el tono ha cambiado y ya no concierne a la producción de los mitos paradisiacos de la marcha de la "civilización" y del "bienestar", sino a la agitación de horribles perspectivas de destrucción que aniquilarían decenios de "sacrificios" consentidos para mantener en pie la barraca común. El objetivo es el de demostrar, día tras día, que la "paz", pendiente de un hilo muy frágil, tiene, a pesar de todo, muchos defensores acérrimos.

Sin embargo, y esto es lo que se quiere meter en la cabeza de los obreros, la paz está amenazada, sea por causas de fuerza mayor, sea por causa de sórdidas maniobras de gobiernos irresponsables y esquizofrénicos (2).

En suma, se trata de convencer a los proletarios de que si tantos años de sacrificio, de "conquististas" y de "libertad" se derrumbarán estrepitosamen-

te con los estragos de la guerra, la responsabilidad no incumbe (en el Oeste como en el Este) al sistema social presente, sino a la fatalidad histórica o a nuevos Hitler, o, *mejor aún*, (pero una cosa no excluye la otra), al "otro" sistema social. En suma, se trata de salvar, independientemente de quién venza en la próxima matanza mundial, el capitalismo que reina de ambos lados de la "cortina de hierro". Para eso necesita llevar al proletariado a la guerra haciéndole creer que "su" sistema, "su" gobierno, y "su" partido han luchado por la paz, y que lo invitan al frente únicamente para salvar, precisamente, conjuntamente con esta misma paz, todas las delicias de la sociedad burguesa.

No es por casualidad si, a nivel europeo, el papel principal en este sentido está asumido por los representantes de la clase burguesa en el seno del proletariado" (Lenin), por los falsos partidos obreros, por la socialdemocracia (Alemania) y por los partidos stalinistas destalinizados (Italia, España, etc.), y por los sindicatos nacionales (en el verdadero sentido del término).

Por todo eso, nosotros, los "catastrofistas", decimos a los obreros: así como era falsa la mitología de la paz eterna, es hoy falsa la campaña por una paz burguesa en un mundo erizado de conflictos burgueses. El proletariado en cuanto clase no puede resignarse a la "paz" burguesa ni a la guerra imperialista. Así como la burguesía y el oportunismo se preparan a ponerle un fusil al hombro para batirse por "su" clase dominante, usando para eso una fraseología pacifista, el proletariado debe prepararse para rechazar el pacifismo y para destruir, conjuntamente con el capitalismo y sus lacayos, el holocausto del proletariado en los campos de batalla imperialistas y en las galeras del trabajo asalariado.

ERRATA

En nuestro número anterior, un error tipográfico ha vuelto difícilmente comprensible el artículo "Boicot a las elecciones". En la primera página, luego de hacer referencia a la discusión que tuvo lugar en el II Congreso de la Internacional Comunista (1920) acerca de la cuestión parlamentaria, debe leerse: "Hoy en día ya no cabe dicha discusión; y esto por dos razones". A continuación, el artículo explicará dichos motivos.

**¡Sostened y difundid
la prensa del Partido!
¡Suscribíos!**

(1) No se trata de una decisión nacida de la noche a la mañana, como lo confirma el hecho de que un adecuado número de funcionarios soviéticos que conocían perfectamente la situación y la lengua afgana (evidentemente instruidos desde hacía tiempo con ese objetivo) se instaló en los centros neurálgicos del aparato estatal de Kabul.

(2) Dicho sea de paso, Europa misma es la que hoy, con la única excepción de Inglaterra, tiende en su conjunto a asumir un supuesto papel pacifista y neutralista. En realidad, los principales países europeos no están listos para la guerra, todavía no han elegido definitivamente su campo, ni están dispuestos a renunciar a pingües negocios con el campo "socialista" en nombre de la política americana. Por eso es que se esfuerzan mucho en explotar políticamente esta situación para presentarse ante su propio proletariado como los más convencidos partidarios de la "distensión". Pero esto no es más que la manera específicamente europea de prepararse para la guerra.

Lo peligroso del nuclear es que está en manos del capital

Hace más de un siglo, Marx y Engels demostraron que el desarrollo capitalista lleva a la automatización creciente de la producción y al auge de la mecánica, y esta misma tendencia produjo el boom de la electrónica, de las máquinas automáticas y de las computadoras. Todo este desarrollo exige amplias fuentes de una energía a la vez concentrada y fácil de distribuir. El carbón, el petróleo, el gas y, finalmente, la energía nuclear, han marcado las etapas del desarrollo capitalista. El desenvolvimiento de la técnica y de la ciencia no resultan de las necesidades humanas ni de "leyes científicas", sino de las leyes del capital.

En particular, el enorme consumo de energía de la sociedad capitalista no resulta de las necesidades de calentar los biberones o las casas: la mayor parte de esta energía es utilizada directamente para la producción capitalista y sus ramificaciones (transporte, comercio, administración, etc.). Sin consumo de energía sería imposible toda la producción capitalista y, por tanto, la producción de capital.

Si la sociedad capitalista consume cada vez más energía es porque la producción capitalista aumenta cada vez más, y si ésta aumenta cada vez más no es para satisfacer las necesidades humanas, sino porque el capital no puede funcionar de otra manera. Es cierto que al producir capital como fin en sí mismo, el capitalismo produce también objetos (valores de uso) que pueden eventualmente llegar a ser útiles al hombre. Es cierto que al acrecentar la productividad del trabajo para acelerar la producción de capital, el capitalismo acrecienta también la dominación del hombre sobre la naturaleza. Pero no existe una relación simple y constante entre la utilidad social de la producción y del desarrollo de las fuerzas productivas, y la acumulación de capital. Por el contrario, estos aspectos son a menudo contradictorios. Y su relación está tan oscurecida por la dominación general de las exigencias del capital que hoy es difícil ver claro. En muchos casos es sólo una vez que el capitalismo haya sido destruido que podrá verse si es preferible para el hombre vestirse con tejidos sintéticos o con algodón, extraer energía de la combustión del petróleo o de la fisión nuclear.

Sin embargo, hoy ya puede decirse que la contradicción y el antagonismo entre las necesidades humanas y las necesidades del capital se generalizan y se vuelven cada vez más agudos a medida que...

(sigue en p. 12)

STALINISMO

Para el publicista burgués y para su variante eurocomunista, existía un hilo continuo que vincularía las "intervenciones despóticas" de la dictadura proletaria de la época de Lenin (y de Trotsky) en la economía y en las relaciones de propiedad, y la "edificación del socialismo en un solo país" de la época de Stalin. Respecto a los "crímenes del stalinismo" -es decir, las "purgas", los asesinatos, los "gulags", el primero pretende ver en ellos el desarrollo lógico e inexorable de lo que los bolcheviques habían hecho y proclamado en el período de la conquista del poder y de la guerra civil; por su parte, el eurocomunista pretende denunciar estos hechos como "los excesos" deplorables de una línea general que ni sueña reivindicar, es decir, la línea revolucionaria y dictatorial de Lenin y de Trotsky, sino que, por el contrario, la rechaza con desdén para abrazar una de las mil "vías" graduales, democráticas y pluralistas que se habrían abierto al "comunismo occidental" de los años 1970-80. A lo sumo, el eurocomunista puede llegar a admitir que, como excepción a la regla, la vía del bolchevismo haya sido inevitable, y por tanto legítima, en una Rusia atrasada que luchaba por salir de las tinieblas de la autocracia zarista.

Tanto para el publicista francamente burgués como para el eurocomunista, el centenario del nacimiento de Trotsky y de Stalin ha sido el pretexto para ensalzar dos columnas fundamentales del Orden constituido burgués a escala mundial. Ambos han activado su campaña para infundir entre los obreros la idea según la cual deben cuidar se mucho de soñar con otra cosa que no sea el "socialismo" vigente en Rusia, porque no existe otro ni podrá existir, siendo, entonces, vana y quijotesca la lucha para que surja otro socialismo muy distinto, en el cual no subsistan la mercancía, el trabajo asalariado, el dinero, en suma, el Capital. Ambos han hecho lo imposible también para inculcarles la idea de arrojar entre los escombros del "viejo leninismo" y del "viejo marxismo" a los principios de la revolución, de la dictadura proletaria y del terror rojo. En cuanto hijos de un Occidente altamente civilizado y beatamente humanitario, los obreros de berían creer en los "eternos valores" de la democracia y defender los "tesoros" de la cultura nacional, evitando así las ignominias que, sea por haber debido combatir las persistencias de la barbarie asiática, sea un poco a causa del delirio y de la paranoia de Stalin, acompañaron, en Rusia, el nacimiento de un modo de producción que esos publicistas califican (falazmente) de socialismo.

*

En torno de estos dos puntos fundamentales, nuestra posición de ayer y de hoy está en las antípodas de las concepciones burguesa y eurocomunista.

En la furiosa batalla de 1925-1927 en el Partido Bolchevique y en la Internacional Comunista, que tuvo como principales protagonistas a Stalin y a Trotsky, y cuyo desgraciado desenlace determinó el curso de la historia ul-

terior de la lucha de la clase proletaria en todo el mundo, nosotros vemos dos aspectos fundamentales.

En primer lugar, vemos hoy -tal como lo vimos entonces- el choque dramático que se desarrollaba en Rusia entre el capitalismo en auge y la dictadura proletaria. Es decir, el choque que, por una parte, el capitalismo que, al tardar la revolución internacional, la dictadura bolchevique no podía dejar de promover en cuanto base económica necesaria para un futuro salto al socialismo (base que faltaba en la Rusia atrasada de entonces); y, por otra parte, esta misma dictadura que estaba bien decidida a "tirar de las riendas" en función de los intereses de la lucha revolucionaria internacional, de sus exigencias y de su finalidad.

En segundo lugar, en la batalla de ayer vemos hoy -tal como lo vimos entonces- el choque dramático que se desarrolló en todos los países entre las fuerzas decididas a conservar todo el patrimonio teórico, programático, táctico y organizativo propio para el partido de la revolución comunista, y las fuerzas que estaban ansiosas por transformarlo -tal como después lo transformaron- en un enésimo partido de reformas, del pueblo, de la nación. Y estas últimas fuerzas ya entonces se habían puesto al flanco de la peor de las socialdemocracias europeas, durante la gran huelga minera de 1926 en Inglaterra, y de la activa y sanguinaria burguesía china durante la guerra civil en aquel bienio crucial, preparándose así para convertirse en los dos decenios sucesivos, en el pilar de los frentes populares y nacionales. El triunfo del stalinismo no significó la continuidad sino la ruptura del hilo rojo del movimiento comunista, y, lejos de continuar la acción práctica y la batalla teórica de Lenin y del Bolchevismo, trabajó para renegarla y sepultarla en todos los terrenos durante el medio siglo siguiente. En Rusia, construyó a marcha forzada un capitalismo de gran potencia disfrazado de socialismo. En todo el resto del mundo, se dedicó a borrar de la memoria de los proletarios hasta la última palabra de los Estatutos de la I Internacional re tomados íntegramente por la Internacional Comunista en 1920:

"La emancipación de los trabajadores no es un problema local ni nacional, sino social, el que comprende a todos los países en los que existe la sociedad moderna";

"todos los esfuerzos para alcanzar este gran objetivo han fracasado hasta ahora por la ausencia de solidaridad entre las múltiples categorías de trabajadores de cada país y por la ausencia de una unión fraterna entre las clases trabajadoras de los diferentes países";

"en su lucha contra el poder unificado de las clases poseedoras, el proletariado sólo puede actuar como clase organizándose en partido político autónomo opuesto a todos los otros

partidos constituidos de las clases poseedoras";

"esta organización del proletariado en partido político es necesaria a fin de asegurar la victoria de la revolución social y alcanzar su objetivo final, la supresión de las clases";

objetivo final que, según las palabras de Marx, puestas por Lenin en el centro de su Estado y la Revolución, está separado de la sociedad capitalista actual por un "período de transformación revolucionaria" al que "corresponde incluso un período político de transición, cuyo Estado no puede ser más que la dictadura revolucionario del proletariado".

El "canibalismo" propio y característico de la contrarrevolución stalinista, así como de todas las contrarrevoluciones, ha sido el instrumento necesario de este doble proceso histórico. Había que destruir el partido de la revolución, no solo en Rusia sino en todo el mundo, lo que nunca se hubiera podido lograr sin la eliminación, primero política, luego moral y por último física de sus mejores fuerzas, de los más tenaces y vigorosos representantes de la Vieja Guardia, hasta el más humilde pero no menos decidido y firme de sus militantes. Esta destrucción debía acompañarse necesariamente de la destrucción de la teoría y del programa de los que el Lenin de siempre y el Trotsky de los años de esplendor habían sido los más celosos custodios. En Rusia, el partido fue degradado hasta volverse el instrumento de la transformación en el sentido capitalista del inmenso país -tanto en el plano político como en el económico -privándolo así de toda característica proletaria y comunista. Internacionalmente, el Comintern fue transformado en el defensor de la reforma democrática contra la revolución proletaria, de las exigencias nacionales rusas contra el internacionalismo comunista, del pluralismo democrático contra el ejercicio de la dictadura por parte del partido único de la insurrección victoriosa y de la lucha internacional de la clase obrera contra el Capital.

Lo que distingue al stalinismo no es la violencia y el terror, sino su objetivo antiproletario, y la intensidad y la extensión de su ejercicio no contradicen su esencia democrática. Las revoluciones de los siglos XVII y XVIII adoptaron medios e instrumentos no menos feroces para asegurar, con la victoria del modo de producción capitalista, el triunfo de la democracia y de sus "eternos" y falaces principios de liberté, égalité, fraternité que encubren la explotación despiadada de la fuerza de trabajo.

Si entonces estos instrumentos fueron necesarios al capitalismo para quebrar las resistencias del pasado feudal, no podían dejar de serlo -a una escala mil veces mayor- para liberarse del obstáculo mucho más macizo y para desbaratar la amenaza mucho más grave constituida por la fuerza revolucionaria del proletariado que encarna el futuro, para defender así un presente asqueroso e infame.

Y TROTSKISMO

Por consiguiente, si los ideólogos burgueses y eurocomunistas tienen una necesidad urgente de reconstruir el árbol genealógico del stalinismo, ¿que lo busquen en las raíces infames y en las odiosas ramas del pasado de su clase, no en el del movimiento proletario!

En 1925-27, Trotsky estuvo al frente de la batalla decisiva en defensa del internacionalismo comunista, y de los postulados revolucionarios y clasistas del partido, así como también había estado al frente junto a Lenin durante la guerra civil y en centenares y centenares de escritos y discursos, para reivindicar los principios de la revolución violenta, de la dictadura del proletariado y del terror contra los intentos de contrarrevolución de las viejas clases, en el interior, y de la burguesía internacional, amenazada en el exterior por la extensión del "incendio social" fuera de los confines del Estado obrero. A este Trotsky, nosotros lo reivindicamos sin reservas. De este Trotsky, el movimiento comunista deberá exponer su obra gigantesca.

El stalinismo no solo ha destruido los fundamentos del movimiento comunista, sino que también ha suscitado como reacción en la clase obrera el terrible mal insidioso del desagrado por la centralización, la autoridad, la dictadura, el partido. En la larga lucha del marxismo contra este vómito individualista y anarquista, pocas armas de batalla han sido y serán tan lúcidas y tajantes como el *Terrorismo y Comunismo* de León Trotsky.

*

Tras estas constataciones, puede parecer extraño que los movimientos que se reclaman de Trotsky adopten ante la URSS de hoy, como anteriormente ante la URSS bajo Stalin, una posición que con el pasar del tiempo se vuelve cada vez más afin con la del eurocomunismo: en Rusia el socialismo existe; falta la "democracia obrera" (término tras el cual no es difícil reconocer la "democracia en general"); la clase obrera debe sacudir el cascarón burocrático y la sociedad socialista le caerá en sus manos como un fruto maduro.

Nosotros nos cuidamos mucho de atribuir a Trotsky todas las aberraciones de sus verdaderos o presuntos discípulos. Pero así como no hemos dudado en reivindicar sin reservas la auténtica grandeza del militante comunista, tampoco hemos dudado jamás en reconocer el límite histórico de su gloriosa batalla contra el stalinismo. Su grandeza está en la adhesión plena e incondicional al bolchevismo de Lenin en 1917 y en la defensa encarnizada de su programa. Su límite tiene sus raíces, por una parte, en su propia versión de la teoría marxista de la revolución permanente; por otra, en su larga parábola de militante aislado e independiente de los años prerrevolucionarios, oscilante entre menchevismo y bolchevismo, y afanado en crear puentes entre uno y otro, peor aún, en tratar de despertar en las filas mencheviques un "alma revolucionaria" irremediabilmente desvanecida; y finalmente, en el encuentro entre esta parábola y el ciclo

degenerativo de la Internacional Comunista.

La persistencia en el pensamiento de Trotsky de su versión de la revolución permanente es lo que explica las ambigüedades de su formidable acusación dirigida contra el stalinismo. Fue esto lo que entonces, y sobre todo en la década de los años treinta, lo indujo a percibir en la "propiedad estatal" de la tierra y de la gran industria el pedestal económico *ya socialista* de un Estado obrero calificado, sin embargo, como políticamente "degenerado", y cuya desfiguración burocrática debería ser subsanada mediante la instauración de una mítica "democracia obrera" que habría devuelto al proletariado aquellas bases tildadas de socialistas y que, por tanto, deberían ser defendidas como conquistas durables, en tiempos de paz como en tiempos de guerra.

Apoyándose en estas bases, los trotskistas de hoy recogen tal cual, después de cuarenta años que han puesto más que en evidencia la verdadera naturaleza del capitalismo ruso, la consigna de la defensa "incondicional" de la URSS; admiten la existencia de economías socialistas en los países de Europa oriental, en China, Vietnam y Cuba (según caracterizaciones que se refieren a "degeneraciones" o a "deformaciones" de los Estados respectivos); y esperan de la "burocracia" de esos mismos países, que entre tanto se ha agigantado y gangrenado, que haga avanzar a pesar suyo la obra de la "edificación del socialismo". Todo esto lo ha llevado a alinearse políticamente en defensa del imperialismo ruso.

Llevando hasta sus extremas y absurdas consecuencias la tesis de Trotsky según la cual "la dictadura del proletariado, una vez que ha conquistado el poder como fuerza dirigente de la revolución democrática, estará confrontada en forma inevitable y muy rápidamente con problemas que le impondrán incursiones profundas en el derecho burgués de propiedad; la revolución democrática en el curso de su desarrollo se transforma así en revolución socialista" (1), los trotskistas de hoy conceden patentes de socialismo a todo régimen surgido de una revolución nacional y democrática en el Tercer o Cuarto Mundo, cuando, en realidad, todas estas revoluciones están constreñidas, por las exigencias de la acumulación acelerada de capital y de la rápida transformación de las relaciones de propiedad y de producción pre capitalistas, a introducir medidas más o menos importantes de nacionalización (¡calificadas de socialistas!), sin que eso cambie absolutamente nada en las relaciones capitalistas de producción, relaciones que, por el contrario, salen reforzadas y potenciadas.

Llevando hasta el absurdo "el maniobrista organizativo y táctico" de la Internacional en su período decadente (y de Trotsky mismo), los trotskistas de hoy cultivan, sin los principios programáticos a los que Trotsky trataba desesperadamente de aferrarse, el gusto de la maniobra y de métodos eclécticos supuestamente tendientes a acelerar la conquista de las ma-

sas, o directamente el poder, y a crear una serie de etapas intermedias hacia la revolución y hacia un poder jamás identificado con la dictadura proletaria; el gusto de los bloques y de las alianzas con partidos que, cuando no son directamente burgueses, tienen un cierto ascendiente en el seno de la clase obrera, pero cuya acción es inequívocamente contrarrevolucionaria; y cultivan la ilusión -en cierto sentido paralela a la que alimentan respecto a la "burocracia" soviética- de poder constreñir a los partidos obreros burgueses, socialdemócratas y stalinistas (o eurocomunistas) a trabajar, a pesar suyo y contra sus mismas intenciones, por la causa de la revolución comunista.

"No es la maleabilidad lo que constituye el rasgo característico del bolchevismo, sino su firmeza férrea, escribía Trotsky aún en 1928. Esta cualidad es la que precisamente poseía y que sus enemigos y adversarios le reprochaban, y de la cual se enorgullecía a justo título. No ha sido el optimismo bonachón, sino la intransigencia, la vigilancia revolucionaria, la lucha por cada gramo de independencia, estos eran sus rasgos esenciales. Por aquí es por donde deben comenzar los partidos comunistas de Oriente y Occidente. Estos todavía deben conquistar el derecho de ejecutar grandes maniobras creando ante todo la posibilidad material y política de su ejecución, es decir, la fuerza, la solidez y el rigor en la elección de los medios a emplear" (2). Es una trágica ironía el hecho de que el Trotsky intransigente de ésta y de mil otras páginas escritas y vividas se haya vuelto después -y sus discípulos hacen de eso una parodia- el portavoz de una despreocupada y cuan peligrosa transigencia en el modo de concebir el frente único, el gobierno obrero, la actitud hacia el fascismo y, por consiguiente, hacia la democracia, y en el modo de recurrir a la "maniobra" astuta (pero aquí ya estamos más allá del terreno de la táctica: estamos en plena estrategia) del entrismo en los partidos reformistas para acelerar el difícil proceso de renacimiento de la Internacional revolucionaria utilizando para esto a fragmentos y escombros de esos partidos.

"El maniobrista y tacticismo del Trotsky de finales de los años 20 y del decenio sucesivo contribuyó a acentuar aun más los rasgos negativos de la táctica de la I.C. que, a partir del IV Congreso (1922), la debilitarían a tal extremo que el stalinismo podrá marchar victorioso sobre su cuerpo agonizante. No obstante, existe por cierto un salto cualitativo entre su maniobrista y tacticismo de entonces y el seguidismo de sus epígonos con respecto a los "partidos de izquierda" y del superopertunismo sindical, y hasta de su alboroto en favor de gobiernos supuestamente obreros, su adhesión a los principios y objetivos de la democracia burguesa, para no hablar de su adhesión al nacionalismo y hasta a la... ecología. Entre unos y otros existe un salto que el gran militante revolucionario Trotsky no habría dado jamás. Pero es preciso recono-

(sigue en p. 8)

Complementos a la Reunión General

1) La cuestión nacional y colonial y la cuestión sindical han sido tratadas por nuestro partido en varias oportunidades. Las razones que nos han llevado a retomarlas -aunque bajo un ángulo algo diferente que en el pasado- competen tanto al combate práctico como a la teoría.

Incumben al trabajo práctico ya que el hecho de que los movimientos nacionales-revolucionarios lleguen al fin de un ciclo cuyo desarrollo marcó agudamente toda la segunda posguerra, abre a los comunistas revolucionarios

perspectivas que hay que precisar en el plano táctico en relación con el proceso de extensión geográfica de nuestro propio movimiento. Por otra parte, el hecho de que los sindicatos obreros ya hayan recorrido una buena parte del camino en el sendero de su integración en el Estado burgués plantea problemas que, si bien eran previsibles, se vuelven más difíciles por la ausencia de un vigoroso movimiento de clase en el terreno de la agitación y de la intervención en las luchas reivindicativas.

Estas razones competen también a la teoría ya que el proceso al que se ha asistido a lo largo de los últimos años necesita ser encuadrado en la doctrina marxista para poder adquirir todo su valor de confirmación y de anuncio del porvenir, y, por tanto, de orientación. En todo caso, es necesario recordar que el marxismo ha dado a estas dos cuestiones respuestas *globales y definitivas* cuya reafirmación, a la luz de la confirmación objetiva de los hechos, pertenece a las tareas de defensa de la teoría marxista que son propias al partido.

STALINISMO Y TROTSKISMO

(viene de p. 7)

cer que, aunque con mil oscilaciones y virajes, Trotsky mismo echó las bases de esa futura evolución degenerativa, dejándolas como herencia a una legión de "hijos" y "nietos" privados de antidotos eficaces y cuyo nexo con los objetivos programáticos y generales del movimiento comunista eran y se volvieron cada vez más tenues.

En el seno de la III Internacional, nuestra corriente sostuvo una larga batalla para frenar la tendencia a lanzar fórmulas y consignas de acción práctica con contornos mal definidos y, en cuanto tales, susceptibles de ser interpretadas de maneras discordantes, pero, sobre todo, con interpretaciones de derecha y aun más que eso, dadas las fuerzas de inercia de las tradiciones democráticas en los partidos occidentales. En esta batalla, la Izquierda italiana jamás hizo un proceso de intención (y mucho menos a Trotsky, quien estaba por sobre toda duda), sino que puso el dedo en la llaga de fuerzas y factores *materiales* que, inexorablemente, habrían de imponer *su propia ley* al partido, el que no solo es un factor, sino también un producto de la historia, y de su propia historia. Entonces, el peligro había sido denunciado (3); hoy en día es una *realidad* no solo en el oportunismo elevado a la enésima potencia - el stalinismo-, sino también, aunque con diferentes graduaciones, en esa nueva especie de *centrismo* encarnado por los movimientos trotskistas.

Reconocer esto forma parte del "balance de la contrarrevolución" que Trotsky no pudo extraer. Nos incumbe a nosotros mantenernos fieles a este balance, no solo y no tanto para sobrevivir, sino para llevar nuestra batalla hasta el fin.

(1) Cfr. Trotsky, *La revolución permanente*.

(2) Trotsky, *La Tercera Internacional después de Lenin*. Es difícil resistir a la tentación de citar la página precedente: "Esta es la regla más importante. La regla inquebrantable e inmutable que hay que aplicar en toda manobra: nunca te permitas fundir, con fundir o ligar (¡incluso solo ligar!)"

la organización de tu partido con una organización ajena, por más "amiga" que pueda parecer. Nunca des pasos que, directa o indirectamente, abierta o disimuladamente, subordinen tu partido a otros partidos o a organizaciones de otras clases, que restrinjan tu libertad de acción o te vuelvan corresponsable, aunque sea solo parcialmente, de la línea política de otros partidos. Nunca te permitas confundir tu emblema con el suyo, ni mucho menos, aunque es superfluo decirlo, (pero siempre hay necesidad de decirlo ya que somos el partido de la clase dominada y, en esta sociedad, de la que no nos separa la gran muralla china, 'las ideas dominantes son las de la clase dominante'), arrodillarte ante una bandera ajena". Esto es, punto por punto, exactamente lo contrario de la praxis corriente del trotskismo actual.

(3) "Plenamente de acuerdo con la teoría general y con la necesidad de purgar la organización de todos los no comunistas, de acuerdo también con el hecho de que la táctica y la praxis del partido se resuelven de distinta manera según las diferentes y grandes fases históricas principales, la Izquierda cuestionó las tácticas de "conquista de las masas" que se basaban en invitaciones a acciones comunes a los partidos socialdemócratas y oportunistas que tenían un ascendiente entre los proletarios, pero cuya acción política era evidentemente contrarrevolucionaria. La Izquierda se opuso a los métodos del "frente único político" o, lo que era peor aun, del "gobierno obrero", que establecían una ligazón entre esos partidos y el nuestro; y previó que tal método habría de determinar el debilitamiento de la clase obrera y la degeneración de los partidos comunistas revolucionarios en Occidente, a pesar de que está claro que en el Oriente, que todavía no era capitalista, la táctica podía y debía ser formalmente diferente, a condición de estar siempre coordinada con el fin único de la revolución mundial" (*Dialogato con Stalin*, Ed. Programma, Milano, 1953, p.4). Cfr. también la serie "En defensa de la continuidad del programa comunista", *El Programa Comunista*, Nos 24, 26, 29 y 34 (abril-julio 1980).

2) El análisis hecho a lo largo de la reunión no tiene nada de académico ni de gratuito: prolonga y completa la vieja polémica contra adversarios que, significativamente, son siempre los mismos y que, significativamente también, asociaron siempre estos dos problemas en todos sus intentos de "puesta al día" y, en realidad, de *revisión* del marxismo.

No es por casualidad que la polémica de Marx y Engels contra Proudhon, la de Lenin contra Gorter y Pannekoek, y finalmente (sin duda más modesta) la de nuestra corriente contra grupos que se separaron del tronco de la Izquierda comunista o que, como la Corriente Comunista Internacional, se ligan a la matriz ideológica kaepedista, hayan tenido por objeto estas dos cuestiones. En efecto, sobre estos dos puntos los "revisionistas" de este siglo pretendieron y pretenden que existen hechos nuevos producidos por la época de putrefacción del capitalismo imperialista que hicieron y siguen haciendo cada vez más necesario el abandono de tesis como las del II Congreso de la IC que, por el contrario, nosotros reivindicamos como la esencia misma del marxismo.

Retomar y reafirmar estas tesis significa, entonces, combatir, al menos con las armas de la crítica, contra las deformaciones recurrentes de nuestra doctrina que corresponden a las mismas desviaciones recurrentes en el terreno de las tareas del partido.

3) El gran "descubrimiento" de los "neo-revisionistas" que se disfrazan de revolucionarios es que "al ser el imperialismo un fenómeno internacional, un todo inseparable que sólo puede comprenderse en sus relaciones recíprocas y al cual ningún Estado podría sustraerse", las guerras nacionales hoy sólo pueden llegar a ser "un momento de los enfrentamientos interimperiales" (versión C.C.I.); que "simpatizar" con *cualquier* movimiento de liberación nacional significa, por tanto, simpatizar con el imperialismo bajo el control del cual se encuentra este movimiento (versión *Battaglia Comunista*), y que, del mismo modo, los sindicatos se han convertido en *lo absoluto* y, por consiguiente, en todas partes y para siempre, un arma de los patrones y de su Estado.

Semejante "doctrina" se parece como una gota de agua a otra, a la del ultraimperialismo de Kautsky, para el cual el imperialismo habría encontrado diabólicamente el medio de superar sus propias contradicciones internas,

del Partido de noviembre de 1979

de absorber todo movimiento y organismo que comenzara siendo subversivo y de *maniobrar*, al estilo de un genial titiritero, todo Estado, grande o pequeño, y toda fuerza social que aspire a construir un aparato de Estado; para lealmente, *todas* las organizaciones de defensa *económica* de la clase trabajadora estarían fatalmente destinadas a caer en las garras de este monstruo *omnipotente y omnipresente*, para ser absorbidos o aplastados. Se trataría, en tonces, (siempre a condición de que el capitalismo imperialista lo permitiera) de oponerle organizaciones esencialmente *políticas*, una especie de filial del partido (para aquellos que siguen creyendo en su necesidad) o de sustituto del partido (para aquellos que dejaron de creer en él) como única alternativa - ¿pero podrá ésta subsistir por mucho tiempo más? - a la fatalidad de la absorción.

No basta con decir de esta "teoría", tanto más nefasta cuanto que se hace pasar por "marxista" y revolucionaria, que en el plano doctrinal es un resurgimiento del viejo *revisionismo* kautskista y, en el plano práctico, una caída en el *indiferentismo* frente a todo lo que no entre en el esquema - simplificado al punto de "volver ridículas las grandes conquistas de la dialéctica histórica" - de una sociedad dividida *solamente* en dos clases y únicamente desgarrada por su antagonismo. Hay que denunciarla como abiertamente *derrotista* en todos los terrenos de la estrategia y de la táctica proletarias; tanto en los que conciernen más directamente a las luchas obreras, como aquellos en los que, tal como lo escribíamos hace veintidós años, se haya expresado a lo largo de toda la segunda posguerra (y no está dicho que haya de jado de expresarse en todo el mundo) "la rica fecundidad histórica de los enfrentamientos entre los Estados y las clases entre los miles de millones de hombres de color (...) que desarrollan una actividad volcánica, mientras que sólo podemos estar decepcionados por la pasividad de las sociedades blancas, empantanadas en el más innooble momento de su historia y de su degeneración social, y que sólo muestran la cobardía contrarrevolucionaria y el cinismo existencial" (*Las luchas de clases y de Estados en el mundo de los pueblos de color*, en *El Programa Comunista*, N° 3 a 6 de 1958).

4) Tal posición, que equivale a avalar -poco importa si en forma consciente o inconsciente- la "cobardía contrarrevolucionaria y el cinismo existencial" de largas décadas de decadencia, tiene como consecuencia teórica la incapacidad y a veces el rechazo de valorar las vicisitudes y las contradicciones internas de la burguesía (con sus consecuencias en el plano militar, igualmente) como factores *objetivos* propicios a la lucha de clase proletaria, a corto y a largo plazo, tal como siempre lo ha hecho el marxismo, sin por eso alinearse en el campo de *ningún* adversario e, incluso, combatiéndolos al mismo título y en el mismo terreno. De esta misma posición deriva la tendencia a ver y a describir la escena compleja de los Estados burgueses y de sus relaciones de paz y de guerra como un cuadro chato y uniforme

donde no se distinguen "ni Estados opresores ni Estados oprimidos", donde los "pequeños" valen tanto como los "grandes", y donde las derrotas o victorias de los segundos tienen el mismo peso histórico (o, mejor, la misma ausencia de peso) que las derrotas o victorias de los primeros.

En la peor de las hipótesis, se mejante posición engendra teorías como las ya mencionadas sobre el imperialismo todopoderoso, o las no menos geniales sobre la crisis como "invento de los patrones" (invento diabólico, por supuesto, como todo lo que sale de su cerebro), o como incidente *técnico* que nada impediría remediar gracias a técnicas aún más sofisticada en el marco del orden económico y social actual. Digamos al pasar que éstas son dos versiones en las que el oportunismo clásico, socialdemócrata o stalinista, se junta con el oportunismo último grito, "de ultrazquierda".

5) Se nos objeta que los movimientos nacionales revolucionarios son movimientos *burgueses* (¿y qué otra cosa podían y pueden ser si no?), que se desarrollan bajo la bandera de ideologías *falsas y mentirosas* como la de la unidad y la de independencia nacionales, y que, después de haber tomado el poder, no tardarán en volverse -si es preciso con las armas- contra los proletarios que le acaban de proporcionar una ayuda decisiva. A esta objeción el marxismo responde que *siempre lo supo* y que lo ha proclamado abiertamente en el *Manifiesto* y, más aún, en el *Mensaje* de 1850, indicando a los revolucionarios proletarios la necesidad de *mantener la más completa independencia política y organizativa* respecto a sus "aliados", y rechazando acordar *el más mínimo crédito* a los programas, a las ideologías, a las promesas de las que abunda la propaganda burguesa. El marxismo jamás ha pedido a los movimientos nacional revolucionarios que realicen lo que sólo el proletariado puede llevar a cabo; asimismo, jamás ha enseñado al proletariado que habría que apoyarlos *porque* habrían aportado a todas las clases de la nación el "bien supremo" de la independencia y de la unidad de la patria; y tampoco tuvo necesidad de esperar la llegada del imperialismo, fase suprema del capitalismo, para anunciar el futuro derrocamiento del frente de la burguesía.

El marxismo lo ha sabido siempre. Pero esto jamás le ha impedido saludar a los movimientos de "independencia nacional" y apoyarlos, *al menos* porque están destinados a echar las bases del desarrollo capitalista en áreas aún sumergidas en el letargo de economías patriarcales o, más generalmente, preburguesas, engendrando así *nuevos e inmensos ejércitos de proletarios*, de trabajadores *asalariados*, de hermanos de clase y de lucha de los obreros de los países más avanzados. ¿Y quién si no un vil derrotista podría considerar este resultado como insignificante? Esta perspectiva grandiosa, que extiende a escala planetaria el frente de lucha proletario contra el capital, adquiere hoy una importancia aun más neta y radical. En efecto, las jóvenes generaciones proletarias del Tercer Mundo ni bien acaban de nacer,

ya están enfrentándose *flacamente* con un adversario que, por el hecho de su debilidad natural y de la necesidad de acelerar los plazos de la acumulación capitalista para resistir a las presiones imperiosas del mercado mundial, está imposibilitado de usar el medio eminentemente corruptor y soporífero de la democracia y está obligado, por el contrario, a adoptar la vía del totalitarismo centralizado y estatal. De este modo, estas jóvenes generaciones de proletarios son empujadas a luchar contra las nuevas clases dominantes con todo el entusiasmo y la frescura que caracterizaban al proletariado de la "primera revolución industrial", sin las miles de pantallas y amortiguadores del pluralismo, del reformismo y de las "garantías" sociales.

Desde nuestro punto de vista, éste es el verdadero aporte de las revoluciones nacionales y coloniales de la segunda posguerra, cualquiera sea el resultado que hayan esperado las clases dominantes. Al haber ocurrido las cosas de esta manera, esto era todo lo que nosotros esperábamos de estas revoluciones. Pero su resultado hubiera sido mucho más fecundo y positivo si el hilo del vínculo político entre los movimientos plebeyos de las colonias y las luchas de clase proletarias de las metrópolis imperialistas no hubiese sido doblado por la contrarrevolución (¿y pensar que ciertos "izquierdistas infantiles" se entretienen en retrasar el momento de volver a atarlo!). Al haber sido derrotista *en el curso de* estos movimientos, auténticas revueltas, a menudo sangrientas y siempre heroicas, que abandonó a su suerte y, por consiguiente, al control (verdaderamente totalitario, por cierto) de la burguesía, el "indiferentismo de gran señor" es necesariamente derrotista frente a luchas *proletarias* nacidas de estos movimientos y de sus consecuencias (1), luchas que ni siquiera percibe (¡estallan en la periferia del capitalismo! ¡que asco!). Y, sin embargo, aun cuando estas luchas no puedan lograr la victoria *decisiva* en la guerra mundial contra el capitalismo, están destinadas a actuar cada vez más como detonantes de la reanudación de clase proletaria en las áreas de capitalismo avanzado.

De aquí el interés que el Partido pone en estos "teatros de operaciones", hacia los cuales ni siquiera osaría hoy activar su propaganda y su agitación si hubiese manifestado ayer un desprecio soberano y altanero por las conmociones sociales producidas en éstos, en lugar de permanecer fiel a la consigna resumida en estas memorables palabras de 1961:

"El 'indiferentismo' al que se refiere detrás del pretexto según el cual los movimientos coloniales tienen un origen y un contenido ideológico (y, en parte, también social) burgués y se prestan a ser maniobrados por los bloques rivales del imperialismo. Aquí se encuentra la insidiosa traición. ¡Justamente es la indiferencia (que, por otra parte, en el terreno de las luchas de clase significa paso al enemigo) del proletariado revolucionario y,

(sigue en p. 10)

Complementos a la Reunión General del Partido de noviembre de 1979

(viene de p. 9)

peor aún, de su Partido, lo que bloquea el proceso de radicalización de los movimientos coloniales, lo que encierra sus perspectivas en los límites de programas y fuerzas sociales burguesas y los expone a la posibilidad de una cínica explotación por parte del gran capital, parapetado en los peldaños de la Casa Blanca o del Kremlin! La renuncia a la tarea que le ha confiado, no digamos Marx, Engels o Lenin, sino la historia de la que fueron portavoces, es lo que castra a un fenómeno histórico también lleno de posibilidades futuras.

"Desde hace años, y casi todos los días, el rudo puño de los "hombres de color" golpea a la puerta no de los burgueses, sino de los proletarios de las metrópolis: y esto no es una metáfora ya que los proletarios belgas de 1961 o los proletarios franceses que realizaron las grandes huelgas de los años pasados responden y respondían, conscientemente o no, poco importa, a la "ola de desorden" que se desencadenaba desde los maquis del Congo o de la aldea argelina. La respuesta se hizo escuchar a través de sacudidas intermitentes en toda la extensión de la clase proletaria; ésta no viene de su partido o, cuando viene, es lo contrario de la respuesta de la gran tradición revolucionaria: es la respuesta quejumbrosa de la democracia, de la conciliación, de la diplomacia, del patriotismo o es la respuesta no menos perversa del "indiferentismo" altivo y despreciativo: ¡Puros movimientos burgueses! Y, no obstante, la primera sacudida en el Congo en 1945 como en 1959-60 vino de huelgas gigantescas que seguramente no fueron desencadenadas por los burgueses, sino por auténticos proletarios. Y no es desde hoy que evocamos en estas columnas la historia de las organizaciones revolucionarias argelinas con una base proletaria que sólo la capitulación del comunismo metropolitano frente a la democracia, al frente popular, a la resistencia y a De Gaulle permitió ahogar y destruir. ¿No era acaso burgués el horizonte de febrero de 1848 y de febrero de 1917? ¿La "primera revolución" rusa no habría caído definitivamente en las manos del imperialismo y de la guerra si los bolcheviques no hubieran asumido la responsabilidad de conducir la más allá de lo que era en sí y, si se hubiesen parapetado en la estúpida fortaleza del "indiferentismo"? (El sorprendente despertar de los "pueblos de color" en la visión marxista, en *El Programa Comunista* n° 23 y 24 de 1960 y 1 a 6 de 1961).

Hoy, nosotros pensamos en un *Octubre mundial*: ¿Podíamos haberlo hecho sin un *Febrero*?

6) Del mismo modo, el marxismo no tuvo necesidad de esperar que el capitalismo imperialista apareciera para saber que la lucha puramente económica, la lucha "solamente tradeunionista" y las organizaciones que nacen sobre su terreno, no solo no pueden romper las cadenas de la dominación imperialista,

sino que tienden a dejarse absorber por ella si quedan entregadas a sí mismas.

No obstante, esto no le impidió proclamar: 1) que sin esta lucha de defensa elemental y cotidiana la lucha política más amplia y decisiva contra las bases de la explotación capitalista sería imposible; 2) que una condición *sine qua non* de la victoria revolucionaria sobre la burguesía es la presencia, entre el partido y la clase, de organizaciones inmediatas abiertas a todos los proletarios y susceptibles de ser conquistadas a la influencia del comunismo; 3) que *aun cuando* se pudiese demostrar que más allá de un cierto límite ya nada podrá arrancar a los sindicatos obreros a su sumisión a la economía nacional y a sus leyes (nada, ni siquiera una poderosa reanudación del movimiento proletario de clase), siempre quedaría el problema de trabajar dentro de estos sindicatos para arrancar de las garras del oportunismo a una mayoría o una minoría enorme de proletarios encuadrados en sus filas, y de trabajar fuera de ellos por la reconstrucción de organismos capaces de cumplir con las tareas para las cuales habían nacido en su origen: tareas que no pueden cumplir ni organismos económicos sobre la base estrecha de la empresa, como los consejos de fábrica, ni organismos políticos como los Soviets, cuya existencia presupone situaciones de muy alta tensión social y política, y, que, por otra parte, de ningún modo elimina la necesidad de organismos de resistencia de tipo puramente sindical.

De aquí deriva la lucha que llevamos a cabo sobre un doble frente: la agitación en el interior de los sindicatos, bajo una forma pública y abierta en la medida de lo posible, bajo una forma "clandestina" allí donde esta posibilidad está excluida, y la presencia activa en los organismos extrasindicales que la clase busca darse penosamente para defender sus intereses inmediatos. El valor y la importancia de estos últimos no reside ni en "virtudes" intrínsecas que no tienen, ni en una particular capacidad de sobrevivir en situaciones todavía confusas que no poseen. Residen en la posibilidad que estos organismos ofrecen a los revolucionarios de hacer escuchar su voz y, sobre todo, de hacer conocer en los hechos la superioridad política y organizativa que confiere a los militantes comunistas el programa de un partido que no es el de la democracia, la reforma, el progreso, y otros cuentos por el estilo, sino el de la revolución. Residen en la perspectiva que de este modo se ofrece a los militantes del partido y a los proletarios sin partido de contribuir a la tarea tan difícil como esencial de la organización de la clase, fuera de las instituciones de la burguesía dominante y contra ellas, lejos de la influencia desorganizadora y desarmante de los predicadores de "nuevos credos" sedicentemente desconocidos para el marxismo.

(1) El indiferentismo tampoco comprenderá que el proletariado de estos países, precisamente porque el oportunismo lo puso a remolque de las burguesías nacionales y, por lo tanto, en la imposibilidad de llevar hasta el fin la "revolución democrática", deberá hacerse cargo en su revolución de tareas que ésta ha dejado incompletas: basta pensar, entre otras, en la cuestión agraria. Y, no obstante, como justamente ha sido puesto en evidencia en el informe, la joven clase obrera podrá apoyarse sobre estas tareas para movilizar a las grandes masas semiproletarias o en curso de proletarianización, y asegurarse su apoyo activo. ¡Horror! Dirá el "indiferentismo": ¡tareas todavía "burguesas"!

La I.C. y la juventud

"El carácter de clase de la sociedad capitalista es particularmente notorio en la situación actual de la juventud y en su posición social. La juventud está dividida en dos campos: la juventud de la clase oprimida y la juventud de la clase dominante que no tienen nada en común, del mismo modo que la clase explotada no tiene nada en común con la clase de los explotadores. (...) Un signo característico de la situación insostenible en la que se encuentra la juventud obrera en la sociedad capitalista es la utilización que se hace de la juventud contra los trabajadores adultos a los que está ligada por su situación de clase, por la comunidad de miseria y de sangre. (...) Los esfuerzos de la burguesía para debilitar intelectualmente a la juventud obrera, están íntimamente ligados al sometimiento económico de esta última. La escuela burguesa da a los jóvenes el mínimo de conocimiento que les es necesario para ser esclavos capaces y serviles del capitalismo en la fábrica, en el ejército y en la vida política." (Proyecto de programa adoptado en el III Congreso de la Internacional Comunista de la juventud, 1924.)

¡LEED!

el proletario

SUPLEMENTO PARA LATINOAMERICA
DE EL PROGRAMA COMUNISTA

La huelga de Seat y su laudo pactado

Desde la huelga de finales de 1974 -principios de 1975- las luchas de SEAT habían pasado sin pena ni gloria. Esto no fue casualidad, ni que los obreros no quisieran luchar. Fue el resultado del descabezamiento de la organización obrera en la fábrica, que despidió a más de 500 trabajadores. Fue la traición del PCE PSUC (un directivo de SEAT de aquella época hizo una llamada telefónica a Carrillo, exiliado en París, a través de la cual se ponía fin a la huelga, Mundo, 15.2.75).

El laudo para el convenio y la regulación de jornada a 31 días para dar margen a la empresa, que tenía un gran stock de coches, fueron los motivos de aquella lucha.

En aquella época era Martín Villa gobernador civil de Barcelona, pero los piquetes de cientos y de miles de trabajadores recorrieron el Bajo Llobregat, Olivetti, Siemens, etc., para pedir la solidaridad, para extender los paros. Las manifestaciones y los saltos en las Ramblas, en las plazas, estaban al orden del día, a cada momento. Estos eran métodos de lucha, pero han sido abandonados; y las organizaciones sindicales hoy los rechazan y denuncian como "provocadores" a quienes los proponen.

Así, cuando empieza la negociación del convenio actual, la comisión negociadora (o las centrales) no se propone la huelga como arma de presión durante la negociación, sino que pasan las semanas y los meses, mientras se hace la tabla, se presenta a la empresa, se juntan y se vuelven a juntar todos en camaradería. Han cen creer que se puede convencer a la empresa, aunque es muy dura, etc. Llega el año nuevo, la gente se cabrea. Para dar salida al obrero, se pide una huelga legal de 48 horas. Por supuesto, que nadie piense hablar en las asambleas informativas, fuera del Comité, como en Chrysler.

La comisión negociadora convoca huelga legal para los días 10 y 11 de Enero de 1980, pero el día 7 del mismo mes ya había consenso en lo que se refiere al aumento salarial: un 10,5%. El malestar es muy grande entre los trabajadores, se necesita un tubo de escape para seguir controlando un año más a los obreros y, por esto se mantiene la huelga.

El ambiente se caldea más y más, con las discusiones, con las asambleas, con el bajo rendimiento, con los paros. Se impone a la comisión negociadora que la huelga sea indefinida y no de 48 horas. La UGT tiene que hacer, una vez más, el papel de "malo"; si no fuera por la división de papeles, no habría comedia. Los años pasados le tocó interpretar a CC.OO. todos los papeles y el auditorio había terminado aburriéndose.

Lo de este año ha sido una auténtica "obra", con muchos intérpretes, muy bien preparados, que hacen creer a los esclavos a salarizados que la huelga iba en serio. Sólo había un problema, que UGT decía lo que los otros pensaban y que los hechos de CC.OO-CSUT le darían la razón a los dichos de UGT.

El día 9 se intercepta el tráfico en el paseo de la Zona Franca, impidiendo que se reuniera la comisión deliberadora del Convenio; varios miles de trabajadores bloquean la entrada a la escuela de formación profesional de SEAT. El día 10 va casi toda la plantilla a la huelga, los piquetes impiden la entrada a los esquiroleros. Ante la evidencia, también UGT está de "acuerdo" con la huelga. Todos estaban convencidos de que no duraría más de dos o tres días.

Cuando el día 11 se aprueba la continuación de la huelga, casi por unanimidad, los vértices de las Centrales Sindicales tienen que trastocar un poquitín los papeles que se habían asignado los organismos inferiores e intervenir porque los obreros se estaban tomando la obra en serio, los de todos los sindicatos y los no afiliados. Así, UGT dice que la votación a mano alzada había sido antidemocrática y que se debía realizar una votación secreta.

En la asamblea del día 14 se decide la continuación de la huelga a mano alzada. La UGT convoca para el día 15 una votación secreta dentro de la fábrica, en la que se debe decidir la vuelta al trabajo, libremente y sin coacciones: UGT y la empresa también pedían que la policía garantizara el libre acceso al trabajo de los esquiroleros.

El día 15, UGT obtuvo un rotundo fracaso, no reuniendo más que unos cientos de encargados, jefes y esquiroleros en su votación secreta. Los trabajadores estaban decididos a continuar la huelga, UGT no podía dividir a los obreros y, por lo tanto, dejaba de ser la alternativa de la patronal para meter a los huelguistas a trabajar. A partir de aquí otra central tendrá que interpretar el papel asignado a UGT, y hacerlo mejor que esta central totalmente podrida y amarilla.

En la asamblea que se celebraba paralelamente al referéndum de UGT, o sea, en el campo de fútbol de SEAT, CCOO tomaba el relevo y pasaba a interpretar el papel que UGT no pudo cumplir. CCOO hacía la propuesta de retorno al trabajo, de hacer asambleas taller por taller y de parar nuevamente el día 26.1. Esta propuesta era rechazada por los trabajadores, decidiendo la continuación de la huelga. La CSUT, pasaba a ocupar el papel de CCOO,

ésta el de UGT y ésta el del patrón. La huelga es abandonada a su suerte, pues la CSUT todo lo que hace es mantener su convocatoria, sin organizarla. No pensemos que la CSUT mantenía la huelga, ésta era mantenida fundamentalmente por los obreros mismos. La CSUT hacía la parodia, el papel de decir lo que dice la mayoría, mientras que ya estaba negociando, junto con CCOO, con la empresa la vuelta al trabajo. Pues no había hecho ni hizo ningún intento de extensión de la huelga, de manifestaciones duras, etc., sino todo lo contrario.

El responsable del movimiento obrero del PSUC, Rodríguez Róvira, declaró que "el objetivo es entrar a trabajar... el viernes" (*El País*, 17.1.80). El día 17, los trabajadores mantienen la misma actitud, continuar la huelga, contra la voluntad de las direcciones de CCOO-UGT. El día 18, los trabajadores deciden por amplia mayoría la continuación de la huelga, pero las posiciones entre CCOO y CSUT se acercan y la lucha está llegando a su fin, la primera representación de la obra se agota, cada actor ha ejecutado su propio papel. Así comienzan a dejar los piquetes sin organizar y a reducir el número de componentes ante la coacción y la represión policial.

El día 21.1 ganaba por apretado margen la vuelta al trabajo: a falta de alternativa de clase, es la empresa la que se sale con la suya, los piquetes habían sido casi abandonados y fuertemente asediados por la policía de a pie y a caballo. La CSUT podía decir demagógicamente que "como la huelga la han dirigido los propios trabajadores, por eso asumimos ahora la decisión de la asamblea y llamamos a la reincorporación". No se organiza nada; bueno, se organiza la desorganización y luego se llama a la vuelta al trabajo.

Los paros siguieron dentro de SEAT en los días siguientes a su reincorporación, en los talleres más combativos. El laudo fue dictado por consenso entre la comisión negociadora y la empresa: un 11%. Con los trabajadores dentro, comienzan las provocaciones y ya hay varios despedidos, la empresa les acusa de violentos y de incontrolados.

El paro de dos horas, que tuvo lugar el día 15.2.80, es insuficiente y solo trata de ser un tubo de escape contra la represión de la empresa. Esta conoce muy bien la desorganización de los trabajadores, la división creada por las centrales y el engaño ante tanta demagogia en las palabras y tanta colaboración en los hechos.

SEAT necesita una reestructuración de plantilla de un millón
(sigue en p. 12)

LO PELIGROSO DEL NUCLEAR ES QUE ESTA EN MANOS DEL CAPITAL

(viene de p. 5)

didada que el capital avanza en su estadio último, el imperialismo, a medida que envejece y se pudre en pie.

Ante todo, porque la *potencia de intervención* del hombre sobre la naturaleza aumenta, mientras que continúa siendo *incapaz de dominar* la producción social: por el contrario, cuanto más aumentan las fuerzas productivas, más *escapan* a su propio control pues obedecen a las leyes inexorables y ciegas del capital. El capitalismo es *anárquico por naturaleza*: a pesar de su concentración y centralización, *no domina su propio funcionamiento*, ni su desarrollo, ni sus consecuencias.

En segundo lugar, la oposición entre las necesidades del hombre y las del capital se acentúa, porque *todas* las contradicciones del capitalismo se vuelven cada vez más brutales y violentas. Este es también el caso de la contradicción que hace de las fuerzas productivas fuerzas *destruccionistas*, y que hace que la acumulación de capital repose en la *destrucción* y la *dilapidación* de las riquezas naturales y del trabajo humano. Según el mito burgués, esta contradicción sería inherente a la "sociedad industrial" y resultaría de la "técnica" y de la "ciencia" mismas. En realidad, es *inherente al capitalismo*, porque el objetivo de toda la actividad capitalista es *no puede dejar de ser* la reproducción ampliada de capital.

El "peligro nuclear" no es más que un aspecto, particularmente evidente, por cierto, de la devastación general que el capitalismo hace pesar sobre la tierra y la humanidad. En manos de una sociedad que dominará conscientemente su propia actividad, la energía nuclear será *quién sabe* un instrumento benéfico formidable. En manos del capital, es una fuerza de *producción* extremadamente potente y, cargada, al

mismo tiempo, de peligros de *destrucción*. En diferentes grados, así se presentan *todos* los aspectos de la técnica burguesa. Y puede decirse que esta contradicción se acentuará aún más.

La amenaza de saturación del mercado mundial, la amenaza de crisis general, *obligan* a cada empresa y economía nacional a tratar por todos los medios de seguir siendo (o volverse) "competitivos". La exasperación general de la competencia, que vuelve más difícil la realización de beneficios, empuja a todos los Estados burgueses a lanzarse a fondo en la producción de energía nuclear sin preocuparse por los peligros que presenta, en tanto que para rentabilizar las inversiones se economiza cada vez más sobre las medidas de seguridad que los capitalistas de todos los tiempos han considerado siempre como gastos inútiles.

En su desarrollo, y particularmente en la actual situación de crisis, el capitalismo no podrá más que *agrar* los peligros de toda clase que hace correr a la humanidad y a la naturaleza. Por eso, la defensa de la naturaleza y de la humanidad misma supone la lucha por el comunismo, por la destrucción de esta sociedad de clase; y exige la denuncia del ideal reformista de un capitalismo "limpio", armonioso, pacífico y al servicio del hombre, ideal que sólo pretende *degradar* la legítima indignación suscitada por las atrocidades del capitalismo de sus causas verdaderas, presentando la "polución", la explotación y la opresión capitalistas como aspectos coyunturales, accidentales o debidos a la idiotez o maldad de la burguesía, que podrían ser suprimidos *sin tocar* los fundamentos del capitalismo.

La batalla contra las plagas del capitalismo no es, pues, por la "ecología", aunque sea "de izquierdas", sino por la *revolución proletaria*.

EL PROGRAMA COMUNISTA

nº 33

ENERO - MARZO de 1980

- ¡ACUERDATE DE LAS DOS GUERRAS IMPERIALISTAS!
- SIGUIENDO EL HILO DEL TIEMPO: Introducción - La "invariancia" histórica del marxismo - El falso recurso del activismo - Teoría y acción - El programa revolucionario inmediato - Las revoluciones múltiples - La revolución capitalista occidental.
- LA CUESTION AGRARIA. ELEMENTOS MARXISTAS DEL PROBLEMA (y II).
- EL VOLCAN DEL MEDIO ORIENTE: El largo calvario de la transformación de los campesinos palestinos en proletarios.
- NOTA DE LECTURA: ETA, o la imposible amalgama de nacionalismo y comunismo.

Precio del ejemplar: 100 ptas.

*

programme communiste

nº 81

- Souviens-toi des deux guerres impérialistes
- Les revendications « transitoires » dans la tactique communiste (2)
- L'Afrique, proie de l'impérialisme:
 4. La mainmise sur les matières premières
- Le programme des « Fedayin » iraniens, ou les limites du démocratisme
- Marcuse, prophète du bon vieux temps.

La huelga de Seat y su laudo pactado

(viene de p. 11)

mo de 10.000 trabajadores y está decidida a llevarla a la práctica, sin ningún miramiento. Con estas direcciones sindicales y con su política de colaboración, SEAT puede estar tranquila. Pero quien no puede dormir tranquila es la plantilla, los trabajadores combativos, los que pretenden oponerse al sistema capitalista. De estos debe surgir otra línea sindical, anticollaboracionista, intransigente y clasista. Pero esto requiere organización y clarificación primero para un grupo minoritario y luego traspasarla a franjas más amplias de trabajadores en los tajos y en las acciones de lucha.

Esta será una labor gris, invisible y sin éxitos inmediatos, pero será la única vía para el movimiento clasista que surja y se extienda en todos los sectores de la producción, para hacer frente a la patronal en los futuros ataques que prepara contra la clase proletaria.

*

Editor Responsable:

SARO

correspondencia:
20, rue Jean Bouton
75012 PARIS

Pagos:

C.C.P. 2.202-22 MARSEILLE
FRANCIA

Imp. spéciale